

Vinieron horas de vidrio.
Pasaron horas de fuego.
Calores y fríos eran
collares de un mismo cuello;
cendales y gruesos paños
vestidos de un solo cuerpo.

La hoja de la retama
contaba el color del tiempo.
Con plata, para el verano.
Con oro, para el invierno.

Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
-No lo recuerdo.

Nada

Nada.
Ni ese retrato póstumo que el diablo
olvida en la retina de los muertos.
Ni ese jardín que rompe las vidrieras del aire
cuando decimos a un niño que no.
Ni ese tropel de dichas prohibidas
que está queriendo siempre salir de las alcobas
—por las rendijas de los marcos—
al ruido de las puertas que cerramos.

Nada.
Ni la velocidad con que las horas
se vuelven a insertar en el cuadrante
cada vez que miramos el reloj.
Ni la fatiga con que las abuelas
durante las veladas del Invierno
ensayan la sonrisa
que asumirán, en los daguerrotipos,
cuando el gemido de una espineta desafinada
[las nombre
y un siglo entero resucite en el abanico de un
[minué.

Nada.
Ni la boca de vaho
que olvidan despintarse los espejos
al volver de una noche de aventuras con la neblina.
Ni la palabra de esa carta escrita con tinta
[simpática
que el calor de una brasa revela pero destruye
y la blancura de la nieve sepulta pero conserva.
Nada.
Ni esa vergüenza histórica de mujer rescatada
a las cenizas de un deseo,
que te hace, si duermes, comparable a Pompeya.
Ni ese modo de estar
cortada en dos por el desastre
de un volcán apagado más allá de la luna.
Ni esa parvada de palomas
que la aurora despierta, en el piano,
sobre las últimas teclas de las sonatas en ruinas.
Nada.

Soledad

Sólo sin mí te reconozco viva.
Nunca en tu soledad, callada, muerta.
Pálida en el pudor de ese ramaje
que te aprisiona en el vitral del aire.
Última en el silencio de esa horquilla
que olvidan en la nieve de la almohada
las mujeres que amamos en los sueños...
En la ternura de una carta de amor equivocada
[de nombre,
en la resignación de una ciudad desierta,
en la sombra amarrada a los pies de un cadáver
[por el cordel de la aurora,
sólo en esos instantes eres mía.
¡Ay, pero qué difícil
es recogerte de pronto en ese laberinto de
[angustias!

Música de indolencias,
yedra de movimientos silenciosos,
alma
caída toda hacia el amanecer
del sueño en los abstractos paraísos...

Pereza

El calor te pasaba, cada vez,
una risa más fresca, de lino, por la cara.
Y te pintaba, en cada esquina de los ojos,
la sombra de una calle de ventanas tan altas
que tardaba la luz en descender
un día entero de la voz a la mirada.
Desdeñosa, llevabas el calor
atado, con desdén, sobre la espalda.
Y te sentaba el sol como un descote.
Y la quietud te endurecía
en una solidez de aire de piedra
sin pedestal, ni músculos, ni flamas.
De tus manos abiertas
caían secas las hojas últimas de las palabras.
Y se hacía la sed, entorno a ti,
cóncava y de cristal, columna blanca

en cuya redondez
el deseo—al girar—se adelgazaba.

Perezosa, llevabas el calor
como un vestido, perezoso, de agua.

Hielo

Hielo de abril, contra el calor fundido
de esta última rosa del otoño
que resulta, de pronto,
—reflejada sobre un tiempo invertido—
la rosa de la nueva primavera.

Labras
al frío el esqueleto de una luz tan exacta
que la boca del aire ya no puede
tocar sin vaho, disolver sin mancha.

Y enseñas al jardín
la geometría blanca del invierno
emplomando con sol esos vitrales
a cuyo lago de cristal te asomas,
príncipe del dibujo,
capitán de la escuadra de los triángulos,
hielo de abril, maestro del paisaje...

Estampas

¿Y el aspecto técnico?

Un problema de educación

=Colaboración directa=

Un amigo que nos lee para estimularnos—virtud muy rara—nos escribe: «Su *Estampa* relativa al muelle pide un juramento moral para ayudar a que esa empresa se conserve siempre al servicio de los intereses vitales de la nación. Es bastante hacer, pero ¿y el aspecto técnico.»

El aspecto técnico, repetimos; cuestión importantísima, agregamos como reflexión. Acabamos de presenciar la caída al mar desde el muelle, de la grúa que hacía el trabajo de arrancar las piezas de una defensa mal colocada. ¿Se ha volcado esa pesada máquina por ausencia de técnica? Es posible que sea uno de los tantos accidentes usuales en esta clase de ocupaciones. Sin embargo, es un suceso que revela un síntoma malo. Para extraer la grúa de la profundidad marina no cuenta el país con otra grúa potente, ni con el personal entendido. Hay entonces que acudir a la única compañía que puede hacerlo por medio de una de sus agencias: la United Fruit Co. No sólo se contrata con ella ese trabajo, sino el del desmantelamiento de la defensa, con lo cual reconocemos nuestra incapacidad para atender un servicio corriente del muelle. Y la United Fruit Co. no confía la tarea a quien pueda hacerla fracasar. Un técnico instala la máquina, dirige su funcionamiento con seguridad plausible. El resultado es, desde el punto de vista técnico, absolutamente satisfactorio.

Ahora bien, ¿no es para despertar alarma la caída de la grúa y la intervención de una compañía con una historia funesta en la absorción de la vitalidad del país? Tiene que serlo para todos aquellos espíritus preocupados, atentos al menoscabo que va sufriendo la vida libre de la nación. Hoy carecemos en el muelle que hemos construido para res-

pirar el aire que nos libra de la opresión que sopla del lado Atlántico, de servicios elementales. Dentro de algún tiempo esa carencia puede extenderse a otros menesteres y entonces se acudiría, como en esta emergencia lamentable, a la panacea que administra la United Fruit Co. ¿Qué sorpresa podrá darnos el contrato que ponga en manos de esa Compañía el atraque de barcos y la carga y descarga de los mismos? Cualquiera día, no será ya la grúa la que la impericia echa al mar. Un barco puede chocar contra las defensas y destruirlas o destruirse. La mercancía puede caer al mar o incendiarse en el muelle, o deteriorarse con la lluvia. ¿Qué vendrá como fatalidad incontenible? El contrato con la United, por experta, por pronta, por conocida. De esta manera, entregando hoy un servicio y mañana otro, nos vamos quedando sin muelle, vamos dándole amo explotador que lo encadene a su servidumbre y encadene al país.

El aspecto técnico que señala nuestro amigo benevolente no es menester cuidarlo tan sólo en el muelle de Puntarenas. En gran parte de los sectores importantes que son sustento de la vida libre de la nación, precisa meterse a exigir que no se abandone. El muelle se convertirá en una esclavitud si no queremos darnos cuenta de que debe haber un departamento en donde expertos en esta clase de empresas, dirijan y manden. En esclavitud se ha convertido la empresa de carreteras precisamente por nuestra ignorancia. Se quiso construir carreteras, muchas carreteras, todas las que el turista pudiera recorrer para su deleite. Pero con ese deseo no nació el de crear la oficina con el personal que pudiera dar trato científico al